



to, lo ocurrido, lo alucinado y lo más o menos acertado. Sin filtros.

Entre los proyectos más insolentes y saludables destacaría la Torre Eiffel invertida, clavada en el suelo cual jabalina, del equipo suizo-alemán Drexler Guinand, y el antiolímpico *Nerin*, de los belgas OO/XX-Wim Hespel, enanito de jardín de 25 metros de altura cuya gorra roja ha sido transformada en una parodia de los polémicos edificios obús-supositorio. La mayoría de propuestas, sin embargo, aspiran al Olimpo arquitectónico con total seriedad. Algunas son genuinamente interesantes y creativas, pero la

gran mayoría son derivaciones de las fórmulas de éxito lanzadas por los grandes nombres de la arquitectura mundial, es decir, un repaso del medallero arquitectónico del siglo XX. Se constata el obstinado influjo de las modas y la escasa capacidad para aventurarse fuera de lo consensuado. Pero, en un momento en que el espíritu olímpico se convierte en ideología glorificada y en que la arquitectura se emplea a fondo en batir sus propios récords, ¿merece el poderoso culto olímpico algo más que la evidencia del triunfo de la extraordinarización del *business as usual*? |



**01** Primer premio, de Explorations Architecture



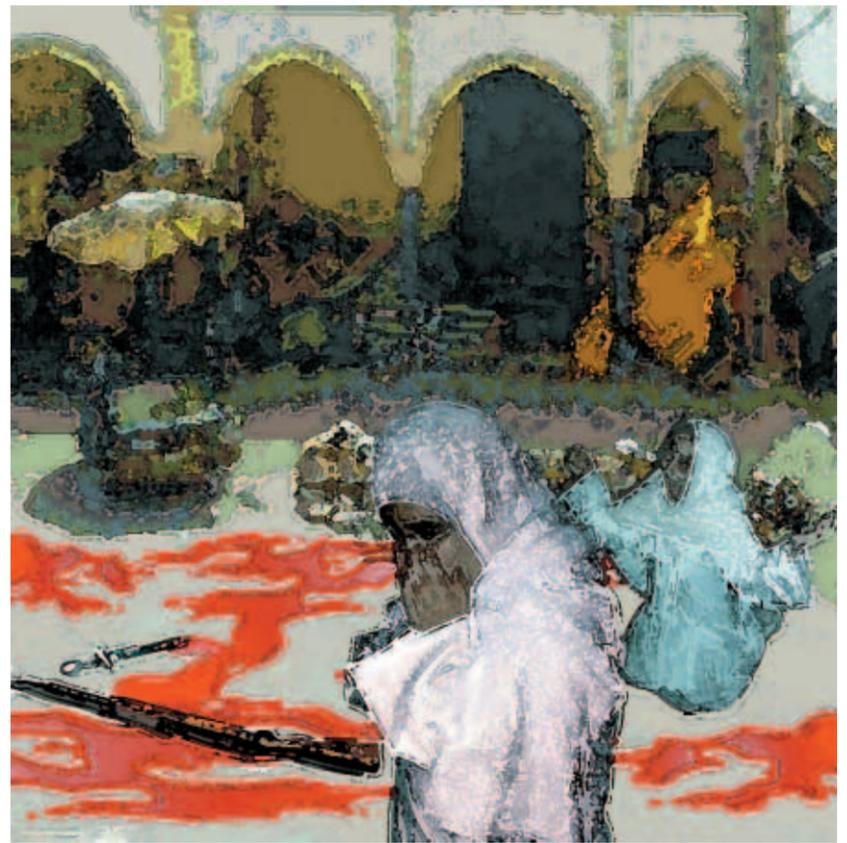
**02** Segundo premio, del equipo ULLS (Cristian Vivas, Jordi Raventos y Gemma Serra)

**03** Tercer premio, equipo Achille +C

**04** Mención 2ª, del equipo Coste-Orbach

**05** Mención 3ª, del equipo Plagaró-Cowee

# CRÓNICAS RIFEÑAS



PACO SANCHIDRIAN

## Venganza y exterminio

Después del asesinato en Tetuán de Aisa, el hermano de Taimunt, Haddú el primogénito de los Izemuren prometió vengarlo

ALI LMRABET

Su hijo Aisa yacía desde hacía pocos días bajo dos metros de tierra en el cementerio de Tetuán cuando Fettuch fue a ver al jeque Abetoy de los Bokkoya. La madre de Taimunt quería implorar venganza por el cobarde asesinato de su hijo. Pero cada vez que llamaba a la puerta del viejo cacique, sus sirvientes argüían mil pretextos para justificar su pretendida ausencia. La máxima autoridad de la fracción de los Izemuren no quería inmiscuirse en un litigio de honor porque esas cosas solían terminar con sangre corriendo por el suelo, vendettas que diezmaraban familias enteras y odios que se perpetuaban de padre a hijo sin que se recordara el desencadenante del conflicto.

La cosa se hubiera quedado con una madre exigiendo venganza y un jeque escurridizo si la yamaa, la asamblea de la tribu, no se hubiera pronunciado sobre la violación del "ar" por Mohand, el asesino de Aisa. No hubo consulta de los hechos ni estudio de los cargos. La yamaa no es un tribunal y se reúne cuando se le antoja. La única cosa que interesaba a los venerables ancianos que componen la asamblea era saber si el "ar" había sido efectivamente violado por un miembro de la tribu. Y como la respuesta era tan clara como el agua del arroyo, alguien se encargó de hacer llegar a Fettuch que "no puede haber amparo ni protección alguna para el que viola la ley sagrada del 'ar'". El mensajero terminó maldiciendo "la raza del profanador que había osado matar a Aisa después de haberle ofrecido y asegurado protección en su casa". Era una señal. Las represalias podían comenzar.

Frente a la tormenta que se avecinaba, Fettuch y sus hijas, que vivían en Tafnesa, se trasladaron a Tetuán. Como Mohand, el asesino, estaba encarcelado, las iras fueron dirigidas hacia su familia. No hubo piedad. Pronto, los hombres del nuevo clan enemigo comenzaron a caer. Abatidos de un tiro en la cabeza cuando

regresaban del zoco, degollados en un huerto o en un barranco, asesinados en la puerta de sus casas, y hasta, una vez por lo menos, en sus camas. La única humanidad que se concedieron los vengadores, seguramente Haddú y su hermano Chaib, fue no tocar a mujeres ni a ancianos, tampoco a niños. Cruelmente, dejaban que los adolescentes crecieran lo suficientemente para poder ser matados sin que la yamaa se "ofendiera".

La macabra orgía duró largos meses y años sin que la asamblea alzara la voz. Pero eran demasiados muertos. Se aniquilaba a casi todo un clan no solamente para reparar la deuda de sangre sino también para prevenir nuevas vendettas. Y eso no era lógico. La tribu que se había escandalizado por el injusto asesinato de Aisa comenzó a escandalizarse por la dureza del castigo. Los bardos ambulantes comenzaron a recitar en los pueblos nuevas leyendas de matanzas imaginarias protagonizadas por Haddu. En las aldeas y en los zocos se susurraba que la venganza divina se había convertido en la del diablo. Finalmente, los españoles tuvieron que intervenir. Un interventor militar vino de Alhucemas para investigar el caso, y la yamaa, por fin, se reunió para prudentemente condenar los abusos de Haddú. Consecutivamente, los asesinatos cesaron. No se sabe a ciencia exacta si la matanza cesó porque lo había pedido la yamaa o porque ya no había nadie a quien matar. Treinta y siete varones del clan del asesino de Aisa habían sido exterminados y lo que quedaba de la familia de Mohand se trasladó a Tetuán, donde tuvo que soportar la mirada de los parientes del "justiciero".

En la calle del Caid Ahmed, en Tetuán, a escasos metros de donde se encontró el cadáver de Aisa una mañana de 1917, existe aún una tienda de alimentación atendida por un nieto de Mohand. Es el único sitio de Tetuán donde mi familia no va a comprar